

Renato Cristi – Oscar Velásquez

Nietzsche y el aristocratismo de Teognis.
Edición crítica bilingüe del De Theognide Megarensi de
Nietzsche

LOM Ediciones, Santiago, 2018, 200 pp.

La disertación sobre Teognis de Megara –el *De Theognide Megarensi* (DTM)-, que el joven Friedrich Nietzsche presentó para graduarse en el colegio de Pforta en 1864, es traducida del latín, del griego y del alemán por el filólogo chileno Oscar Velásquez, con el acompañamiento de un estudio introductorio (“Nietzsche y el aristocratismo de Teognis”) del filósofo de igual nacionalidad Renato Cristi, profesor emérito de la Wilfrid Laurier University (Canadá). El trabajo de Nietzsche pertenece a la gran tradición de la filología clásica alemana, aunque –como se dirá- su autor no quedó satisfecho con un enfoque puramente filológico. Lo tenemos ahora en una edición bilingüe, que no desmerece de las obras especializadas en la materia, pero es accesible también para el público culto.

En su introducción, Cristi discute en primer lugar con las interpretaciones posmodernas de Nietzsche, que han querido poner de relieve un filósofo apolítico, liberal y antiautoritario; democrático, incluso. Foucault, por ejemplo, piensa que la genealogía nietzschiana entiende la libertad como dispersión y cambio, refractaria a la unidad y la estabilidad. Lo que las lecturas posmodernas no toman en cuenta, observa Cristi, es que Nietzsche se distancia de la política moderna porque ve en ella un obstáculo para el desarrollo de una cultura aristocrática. Esta cultura es compatible con formas de autoridad tradicional y (o) carismática, pero “absolutamente recalcitrante a (sic) la legalidad democrática”; y si Nietzsche es contrario al Estado administrativo burocrático, como al Estado judicial y parlamentario, se aviene muy bien con la idea de un Estado ejecutivo (un *Regierungstaat*

basado en el mando de un gran hombre). Ya antes del DTM –recuerda Cristi-, el estudiante Nietzsche ha compuesto un opúsculo en favor de Napoleón III, el tribuno revolucionario que parecía haber vencido la hidra revolucionaria y restablecido la autoridad; admirado también, como se sabe, por el contrarrevolucionario español Donoso Cortés. En Teognis, Nietzsche va a encontrar su modelo de una contrarrevolución aristocrática; y en los puntos centrales permanecerá fiel a este modelo en las obras de madurez.

Claro está, la visión que el filólogo alemán tiene del poeta griego depende de ciertos supuestos, como Cristi nos mostrará. En 1824 Karl Ottfried Müller había publicado *Die Dorier*, obra influyente por más de un siglo con la idea de que en la nobleza dórica estaba la verdadera Hélade; esa nobleza dórica era, precisamente, la que parecía haber caído con la revolución democrática en Megara, que Teognis tanto deplora.

Mas, en su trabajo académico, el joven disertante se debatía entre la exigencia de científicidad y el ánimo de ir más allá de una “filología de astillas”. Cristi apunta a los problemas que suponía el estudio del megarensis: la edición crítica de las elegías, de F. G. Welcker, era solo de 1826 y existían dudas sobre si tales o cuales versos integraban legítimamente el corpus teognídeo. A través de los fragmentos del propio Teognis, Nietzsche intentará reconstruir el itinerario vital del autor y su obra auténtica. En particular, rechaza la autenticidad del libro II, la llamada *Musa Paedica*, como quien dice la “Musa pederástica”. El futuro trasmutador de todos los valores no considera posible que el guía moral de la aristocracia dórica hubiera incurrido en semejantes deslices.

Como fuera, el ethos aristocrático que Nietzsche percibe en Teognis determina su propio aristocratismo; DTM es una obra de “filología política”, nos dice Cristi. En *El origen de la tragedia*, en *El futuro de nuestros establecimientos de cultura*, en *Humano, demasiado Humano* y en *La genealogía de la moralidad*, se encuentran siempre ecos del juvenil DTM; la idea de una aristocracia autosuficiente y dominadora es constante. La fórmula definitiva es la de los apuntes de 1885/1886: “los futuros amos de la tierra – una nueva, enorme aristocracia, fundada en la más severa autolegislación, en la que la voluntad de hombres de poder filosófico y de artistas-tiranos se prolongará por milenios...”

Velásquez, por su parte, declara sus métodos para la traducción del DTM. Anota la corrección y claridad del latín de Nietzsche: este “no parece tener dificultad alguna para expresar en la lengua del Lacio todo lo que quiere expresar”. Por supuesto, los versos de Teognis son citados por el joven filólogo en griego y traducidos por Velásquez.

Nietzsche comienza, pues, por establecer la época y las circunstancias de la vida de Teognis; procura fijar los momentos de la vida del poeta a que corresponden las distintas elegías conservadas, comenta la fortuna de los poemas y el juicio de los antiguos sobre ellos, rebate que Teognis fuera

un “maestro” en sentido escolar, autor de máximas de buena crianza aptas para niñas y adolescentes. Fue, ante todo, un poeta, declara el cantor de Zarathustra; y, de los poetas griegos que él conoció, el que más finamente ha sentido el influjo de la música. Teognis compone cantos conviviales o de banquete, en los que la chanza con los amigos se combina con himnos a los dioses o con sentencias del tipo: “Lo más bello de todo es lo más justo, y lo mejor es la salud; / y es cosa lo más placentera lograr la conquista de quien se ama”. Otras son admoniciones a Cirno, su joven amigo; Nietzsche piensa que Teognis quiso convertirlo en agente de sus propias ideas políticas, comparándolo con el papel que el marqués Posa prevé para el hijo de Felipe II en el *Don Carlos* de Schiller. Y están pues los cantos de más específico sentido político, compuestos en el destierro, cuando el poeta descarga su ira contra sus enemigos, lamenta la pobreza o se recomienda paciencia a sí mismo. El sentido general es que la nobleza de nacimiento está asociada a la excelencia espiritual y moral; en cambio, llegan a dominar “quienes no conocían ni de juicios ni de leyes / pero usaban pieles de cabra en sus costados”. Pero en la época de Teognis la nobleza dórica estaba ya debilitada interiormente, piensa Nietzsche: de hecho, su fuerza estaba quebrantada en el propio poeta. Teognis puede llegar a dudar de algunos de sus preceptos y, hacia el final de su vida, de vuelta del exilio, es más moderado y “se expresó un poco más libremente sobre todo acerca de la dignidad del hombre plebeyo”, comenta su intérprete.

Por cierto, la interpretación del joven Nietzsche en esta disertación está históricamente “datada”, es decir, corresponde a lo que la filología clásica y la historiografía sabían a mediados del siglo XIX de Teognis, los dorios, las transformaciones de las ciudades griegas arcaicas, etc. Mucho de eso ha sido revisado en el siglo y medio que ha transcurrido desde la publicación del DTM; habría que tenerlo en cuenta. Por otro lado, también hay que tener presente que, como se ha dicho, Nietzsche mismo no se sentía satisfecho con su ensayo –las Gracias no habían estado junto a su cuna, creía él–; ni seguiría, en definitiva, el método filológico –la mayoría de los filólogos carecían de la perspectiva elevada para una visión de conjunto de la Antigüedad, diría. Con todo, importa más lo que el joven estudioso vio en el poeta megareense: un alma afín, un camarada en lo que, en el curso de los años, definiría como “batalla milenaria”.

Asimismo es posible –como sugiere Velásquez– que más de alguien descubra en esta pequeña obra, con Nietzsche, qué poeta había en Teognis, cuya grandeza le había pasado inadvertida. Nos encontramos aquí, en suma, con una bella obra que debería interesar tanto a los estudiosos del filósofo intempestivo como a los aficionados a la literatura y, desde luego, a quienes cultivan los estudios clásicos.

ERWIN ROBERTSON

Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación